

Saber perder

vida y
fecundidad

Sembramos para cosechar, nos esforzamos con la esperanza de obtener fruto. El testimonialismo que mantiene posturas caiga quien caiga, que se aferra a conductas sin reparar en los resultados no es una actitud genuinamente humana. Ni humana ni divina. El único criterio definitivo al que apeló siempre Jesús de Nazaret fue el de los frutos. Y a ese criterio nos remitimos también nosotros. Pero no es tan sencillo distinguir en una situación qué propuestas, qué conductas, qué instituciones están preñadas de futuro y cuáles, a pesar de su vigencia momentánea, son estériles y pasarán sin dejar huella o, lo que es peor, dejando rastros de sangre y devastación. Por de pronto no pueden equipararse éxito y fecundidad histórica. Quien pretende mantenerse en todo momento en la cresta de la ola de la popularidad (estar in), quien apueste siempre a caballo ganador es un esclavo de los señores y de las fuerzas que rigen cada presente y ha renunciado a la pretensión de genuinidad personal, de consistencia propia. Quien tiene por el contrario una propuesta humanizadora en cualquier campo de la existencia histórica, quien no se conforma con la vida como venga ni se resigna tampoco a la dignidad sin vida, quien pone su vida en construir una parcela de vida digna sabe que su pretensión es inacabable y que no describe la figura de la recta ascendente sino a lo más la de la espiral, que sólo por la apertura creciente se distingue del círculo vicioso, y que no raramente se presenta como una apuesta sin fondo.

una hora
menguada

Hoy en nuestro país atravesamos una hora aciaga, de aquellas que Jesús caracterizó como la Hora del Poder de las Tinieblas. Se está llevando a cabo una segunda "acumulación originaria" de la burguesía a costa del Estado que es de todos los venezolanos, y a costa del pueblo de Venezuela. La participación del trabajo en los beneficios disminuye cada día y crece la del capital. La campaña montada por la empresa privada y el gobierno (ganado para su causa) sobre el fin de la Venezuela rentista es la cortina de humo para ocultar la transferencia sin contrapeso de la aún cuantiosa renta petrolera a la empresa privada, arrebatando al pueblo lo que justamente le corresponde. Los partidos que todavía siguen autotitulándose expresión y defensores del pueblo también han aceptado la tesis del FMI y de los grupos económicos hegemónicos, y se debaten en la contradicción de ser ellos precisamente quienes estén cumpliendo el papel de gerenciar la crisis que provoca esta acumulación capitalista expropiadora del pueblo. Mayor es aún la contradicción de los sindicatos que se saben no representantes de los trabajadores y que no pueden ofrecerles para legitimarse e impedir la desbandada sino algunas migajas que les tiran desde arriba. Es una hora menguada en que el gobierno abandona al pueblo porque la cobija no da ya para taparnos a todos y, al no ser expresión de un pueblo articulado y carecer de voluntad para contribuir a su capacitación y organización, no le queda más alternativa que subirse al carro, hoy triunfante, del neoliberalismo, tratando de paliar como pueda sus estragos.

Y si de nuestro país tendemos la vista a nuestro continente nos encontramos con la incógnita de esta nueva fase del sandinismo: Cuba acorralada, defendiendo como gato panza arriba sus justas adquisiciones y cavando su tumba si se niega a afrontar el problema del Partido en relación a la sociedad y el Estado; Colombia inmolando a sus mejores hombres, desangrándose impunemente con la complicidad del ejército y silencio ruin de la institución eclesiástica; Chile y Paraguay saliendo del oprobio, intentando recomponer el tejido social sin que vuelva a quebrarse todo; Perú con el desafío total de Sendero, obligado a interrogarse sobre su identidad y tentado por sucedáneos; Argentina, progresivamente hundida en el péndulo de ilusiones populistas y pesadillas militares con el nombre de orden... ¿Qué se realiza hoy

**hora de
prueba
y examen**

desde el poder en A.L. que vaya más allá de la resignación a las condiciones impuestas por el FMI y los grupos hegemónicos de cada país, transnacionalizados?

Hoy los enemigos del pueblo respiran bien satisfechos porque no tienen enemigo a la vista: El Estado es de ellos; las organizaciones políticas y sindicales que con aciertos y errores pretendían defender los intereses del pueblo están derrotadas y en parte se evaporaron; y no existe aún un pueblo organizado capaz de lanzar su grito, de decir su no, formidable y de plantear y llevar a cabo alternativas exitosas, aunque parciales.

En esta situación es tremenda la tentación de abandonar la lucha, de dejar de lado cualquier pretensión de transformación, sea antropológica, social, cultural, política o económica; sobre todo acecha la tentación de dejar las diferencias y de plegarse en comportamientos y tenor de vida al orden establecido. Y justificar ante los demás y ante la propia conciencia de claudicación con axiomas como éstos: El ser humano es como es, esencialmente egoísta, la ley más objetiva es la supervivencia del mejor dotado, proteger a los seres inferiores es perpetuar lo que está llamado a desaparecer y hacer injusticia a la excelencia...

No tiene mucho sentido culpabilizar a nadie ni se va muy lejos apelando al sentido del deber. Algo ayuda la lucidez que es capaz de reconocer lo que hubo de radicalmente insuficiente en las propuestas; lo que tuvo que ver con sacrificios desmedidos que llegó un momento que se tornaron insostenibles para el pueblo y bastantes militantes; lo que correspondió a simples derrotas de propuestas excelentes pero que fueron vencidas por el desnudo poder de las armas, del boicot económico de la propaganda; y lo que aún no está maduro y aguarda su tiempo y sigue vivo y creciente, aunque soterrado todavía.

Pero lo que es más necesario, aunque nadie se lo pueda pedir a nadie ni llevarlo a cabo por él, es ese acto de libertad que consiste en seguir apostando por un modo de vida digno, creativo, fraterno y solidario con los empobrecidos. Y definirse por esa apuesta. Yo puedo ser mejor y puedo contribuir a que mejore este mundo que me tocó vivir, yo no me resigno a la división creciente entre una minoría de sacrificadores y una mayoría de víctimas. Yo desde ya puedo vivir distinto y quiero pagar el costo que conlleva esta decisión.

Nosotros pensamos que, a pesar de tanto desastre, el país funciona porque son mayoría quienes con mayor o menor consecuencia y creatividad han tomado esta opción y la mantienen. La mayoría de nuestro país no participa de la corrupción de los que controlan la mayor parte de los gremios, del asalto asesino de quienes mantienen en el exterior millones de dólares, de quienes con la fuerza de su poder económico inclinan las reglas de juego político hacia sus intereses, la mayoría desaprueba a la corte suprema de injusticia que absuelve a los de Recadi o a la corte marcial que con desnuda prepotencia se empeña en imponer su versión sobre El Amparo en contra de toda evidencia. La mayoría sabe que ésta no es su hora y pasa de largo y sigue trabajando, sufre pero no se requebra y aguarda la ocasión. La mayoría del país sabe perder. Y no se amarga por eso. Lo que pasa es que el mal es ruidoso y el bien silencioso. El bien es la fuente que mana y el mal la tormenta aparatosa y destructora.

Saber perder es, pues, lo contrario de resignarse. Es mantenerse, aunque sea a contracorriente. Saber perder no es empecinarse a ciegas en tesis inmutables. Es aprender de la derrota, para que la propuesta sea más integral. Saber perder no es rumiar con amargura la falta de vigencia. Se sabe perder cuando se tiene la suficiente libertad de espíritu para seguir apostando y seguir sembrando. Y saber ver los brotes que anuncian futuras cosechas. A eso invitamos hoy en Venezuela a los que ponen su vida en que el pueblo viva con dignidad. Sin complejos ni resentimientos, con inteligencia, con creatividad, con alegría, con fe. Saber perder es saber esperar. Este es tiempo para la fidelidad.

**tiempo de
fidelidad**